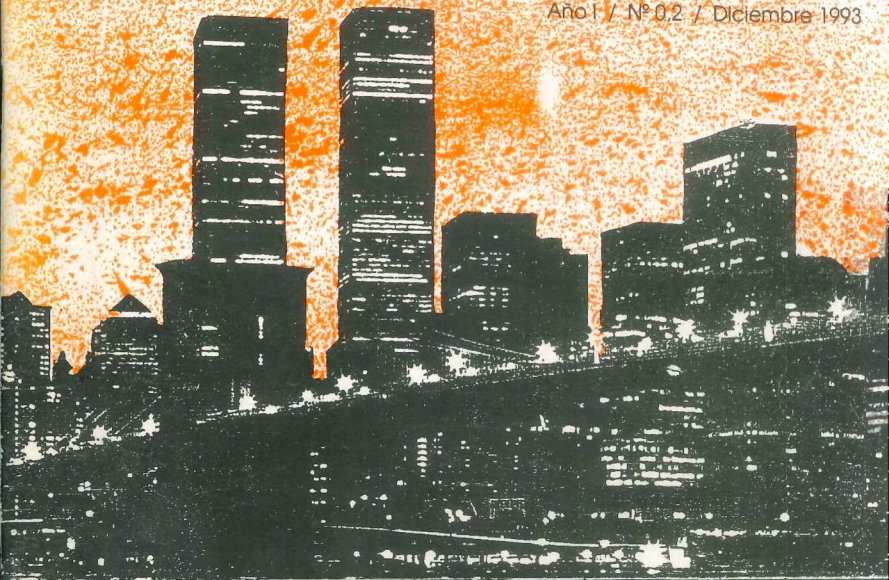


CIDAD GÓTICA

ROSARIO NO DEJA DE CHORREAR

Año 1 / Nº 0.2 / Diciembre 1993



NARRATIVA COMICS
ILUSTRACIONES POESIA

sumario

- ✓ **La Duda (Fragmento de una novela)**
por Sergio Gioacchini
- ✓ **Búsqueda en Rosario City (FIESTA)**
por Pablo E. Teobaldo
- ✓ **Como redimir a un redentor**
por Nacho Rosselló
- ✓ **Pasando la noche sola**
por Javier Girardini
- ✓ **El tren infinito**
por Patricio Pron
- ✓ **Las tetas de mamá bailando en el bolillero**
por Andrés "Polaco" Abramowski
- ✓ **Siglo / Piedras al cuello**
por Diego Martínez
- ✓ **Más allá de la barrera**
por Esteban Crincoli
- ✓ **Extractos del diario de una Hare Krishna cuarentona**
por Juan Ignacio Arias
- ✓ **La similitud de la muerte**
por María Graciana Petrone
- ✓ **Olympia / Soliloquio del narrador en medio de la crisis de la novela.**
por Beatriz Vignoli
- ✓ **Disfraz del Silencio**
por Pablo Crash Solomonoff
- ✓ **Escocer (Dolerse)**
por Nahuel Marquet
- ✓ **Gesamtheit (Totalidad)**
por Herminia Julia Claeys

Staff

Director

Sergio Gioacchini

Jefe de redacción

Pablo E. Teobaldo

Jefe de Ilustraciones

Francisco "Pancho" Paronzini

Diagramación

Estudio de Gráfica

Colaboradores

Andrés "Polaco" Abramowski

Patricio Pron - Nacho Rosselló

Javier Girardini - Diego

Martínez - Esteban Crincoli

Pablo "Crash" Solomonoff

Nahuel Marquet - Herminia

Claeys - Juan Ignacio Arias

María Graciana Petrone.

Ilustradores

Rubén Gutiérrez - Luis Darío

Sigismondo - Gustavo Borletto

Nez/Zen - Maravier - Miguel

"INDIO" WAELKENS...

Ciudad Cótica revista mensual de narrativa. Publicación independiente.

Redacción:
Suipacha 731
Depto 3.

Tel. 387213
398703

Para acercar material dirigirse a la redacción los jueves a partir de las 21,30 hs.

R.P. en trámite.



ESTA ES LA ERA DEL AMOR, DONDE
LAS COSAS VAN A CAMBIAR SUTIL,
UTÓPICA Y PRAGMÁTICAMENTE.

¡SE ACERCA
DE MASADO!

¡¡ QUIERO LAS
CABEZAS DE
ESOS DOS!!

¡ REVÉNTALOS!

LOS CAMBIOS YA NOS ENWELVEN.

LA TRAYECTORIA,
OYALÁ SEA LA ADECUADA.

La Duda

Fragmento de una novela



Quizás dudar sea la mejor alternativa que te quede. Relativamente sencillo fue el retorno. Relativamente sencillo fue incrustarte y desaparecer en el anonimato, hundirte en la espesa masa de cretinos que viven en esta deliciosa ciudad.

Redimirte es la peor intención de tu vida. Eso ya no tiene sentido, no tiene ningún asidero. ¿Creés acaso que es más fácil pensar que hacerlo, que va a ser más sencillo cargar con el kama que decidirte a tomar las armas y cometer el asesinato que te redima, que te haga el peor, pero el más sano?

Habías soñado con un mundo franco, un mundo sobre el que te deslizarias como por sobre una hoja de papel, un camino liso, a temperatura ideal. Te habías figurado que esa temperatura de ficción y esa textura de sueño se te daría como un don; te habías figurado que la vida era un útero, un sitio cálido, claro, edificante. Pero, obviamente, no todo fue tan fácil como lo imaginaste -como cuando eras niño y mirabas correr las nubes debajo del fresco aire que irradiaban los eucaliptos de la estación del ferrocarril, recostado con tus amigos sobre la hierba, en ese pueblo extravariado en tu memoria, dentro de una infancia llena de terraplenes de felicidad, de necesidades satisfechas-.

Eras -fuiste- el líder del grupo, y lo mejor de todo fue que eras conciente de eso, que eras -fuiste- conciente de tu situación, que siempre sabías donde debías estar, que siempre -casi, ¿lo dudarías ahora?- dijiste la palabra apropiada y que se te quiso por eso -algunos desmedidamente-. Ellos y vos inventando juegos, juegos en donde la desilusión y la pérdida también tenían un lugar, pero siempre, claro, era -fue- una ficción. ¿Cómo tomártelo en serio?

Quizás sea la duda el único espacio de tu conciencia al que puedas arribar sin un estado de culpa. ¿Cómo evitarlo? No quisieras funcionar como Muro de los Lamentos, no quisieras ser el responsable de un momento de zozobra de quien alguna vez se detenga a leer esto.

No has hecho otra cosa en tu vida que seguir tus ideas -tus caprichos, tal vez- y convencer al resto del mundo de que lo mejor que podía pasarte era seguirte, o ayudarte a conseguirlos. Detestas a todos aquellos que estuvieron implicados y que ahora que lo saben pudieran poner en duda esta premisa, pero podrías nombrarlos uno por uno y recordarles el

estado de insatisfacción, de pereza, de abulia, de *nonsense*, en el que se encontraban cuando te conocieron, cuando escucharon por primera vez tus argumentaciones, cuando palparon tu energía y la convicción que emanaba de ella. Ninguno de ellos sería capaz -crees eso, pero siempre hay sicarios y traidores- de negar, por breve o extenso que haya sido el momento en el que se prendieron con su diente de leche movedizo y a punto de caer y de no saber o no intuir la posibilidad de la madurez, la intensidad de los momentos vividos; ninguno podría negar la magnificencia, el estado de sentido que cobraron sus vidas; del significado, del despertar del deseo, de la acción.

-No debes quedarte, hijo mío. Lanza tus diatribas a los cuatro vientos y conmueve. ¡Conmueve! Déjalos palpitando, boquiabiertos, sodomízalos, llénalos de sentido. Agóbialos.

Pero ahora, y quizás por primera vez, la duda, el quiebre del ala, la muerte del pájaro; la rebeldía del árbol a ese viento que lo quiere arrancar de su inmovilidad (ahí está tu palmera, esa que te salva, que te hamaca en el temporal, que se deja poseer -hermosa, puta- por tu mirada, tu deseo. Esa que se deja poseer también por tu pintura, esa que nunca deja de estar en pose, que es más que vos y que todas tus invenciones y ficciones; ella, tu palmera, tu cuelgue). Eso es, la duda; la pereza de no acertar -la palabra pecado significa eso: no dar en el blanco-.

Te levantaste de una cama desconocida, al lado de una mujer más desconocida aún, una mujer que te había besado hasta la ausencia del deseo, y pensaste que alguna vez deberías pagar por todos los crímenes que pensabas cometer -que ya estabas cometiendo- contra todos los hijos de esas madres tiernas, que abrazan esos cuerpecitos desgajados con aprensión. Crímenes de impunidad fraudulenta, en donde sólo estás vos y tu agujero negro, la boca abierta que te enseña el final -ese que es menos temido que la vejez, que la decrepitud-. Y vos sabés que algún día lo harás; que comenzarás tu batalla personal contra ese idiota invisible; y que esa batalla será a muerte, o a algo peor que eso.

Quizás vos seas peor que ellos, porque hace años que tenés las cosas más claras y aún así fuiste incapaz de cambiar tu vida. Hubo, eso sí, trastornos, emprendimientos padecidos más que gozados, en los que no había ninguna autoridad propia en la decisión. ¿Dónde perdiste la definición de tu criterio? ¿Dónde te deshiciste?

Partiste de un pasado autómatas, feliz, prometedora. Partiste de una plataforma excelente; y, desde ahí, desdoblaste al mundo, rebalsaste de lleno, hinchado de felicidad -esa que fue siempre natural, un don divino, pero, sin embargo, te das cuenta ahora de ese resto de amargura en el fondo de todo. ¿Por qué lo estás percibiendo? ¿Por qué la duda ahora?-.

Estás en esta ciudad, en esta casa, en este espacio impersonal pero tan plagado de emociones. ¿Será el retorno, el reencuentro con la pila de fantasmas que te estaban esperando a la vuelta de la esquina, en un recodo, quizás soleado, de tu existencia? Pero, ¿para qué seguirlo? Son espacios paralelos que se desenvuelven en el mismo instante, historias absurdas, mágicas, que conviven en el mismo tiempo.

Sabe que debe volver en algún momento de su vida a Buenos Aires, a esa urbandad



carbonizada; que debe sacarle el jugo a esa especie de ameba habitada por sus parásitos; que debe extirparle su esencia, romperle el culo, desangrarla. Sabe que debe ser brutal, y que este estado de incertidumbre no lo conduce a nada. Prefiere hundirse en el agujero negro del placer corporal. Reclama el deseo. Alza las varas de la furia y se descontrola.



Esta tan poco trabajo asombrarse de las propias limitaciones, de nuestras reconocidas incapacidades. Retener esto, arena tibia que se escurre entre los dedos, es una especie de magia trágica, una extraña excitación. Retener este instante, tan vulgar por otro lado como una mesa con velas y las "Cuatro Estaciones" sonando bajito en el equipo de música, es necesario, indispensable para la propia supervivencia.

Hay una llama adentro tuyo que no quiere extinguirse, una llama autónoma, que puede pensar, sentir, ser instinto; una llama que te pide que la avives, que no seas tan pusilánime.

Volver es un tema tan recurrente en la historia de nuestro país que ya casi da asco. Pero, sin embargo, lo tuyo es volver. Es recorrer senderos previos, es meterte la mano en la garganta y sacar el muestrario de palabras que enumeran tu recuerdo; y -es tan necesario como penoso- desandar lo hecho, nadar en la inconsistencia de la entelequia, fulgurar donde ya nada queda, ni siquiera esos viejos objetos que antes creías tan indispensables.

Para volver es necesario poner la otra mejilla, mentir que ya no te amo, sentirse tan desprovisto de energías como de excusas. No se hace un memorial en una noche de insomnio, ni te olvidaré, Buenos Aires, tan fácil como quisiera. Es quizás ésta una de las actividades recurrentes de todos nosotros, los que de alguna manera ponemos todo en juego cuando tenemos fe en algo. Salir al ruedo sin capa ni espada, sin siquiera saber un pase de baile, un truco de magia; sin saber realmente cuál es nuestra codicia, nuestro afán.

Puedo sentir, ahora que escribo esto, que irse de un lugar es como desenrollar un ovillo, una de cuyas puntas está enganchada al pasado, a lo que se deja, y la otra, indefectible y trágicamente, a alguna parte de nuestro cuerpo.

Sí, ya sé, pensarán que chocheo, que estoy fuera, *out*, pero ésta es mi motivación, ésta es la única fuerza que conservo, la memoria. Podría sentirme aliado a algún movimiento *nonsense*, no sentirme tan lejos de alguna fracción de la modernidad; pero me he convertido a la moral del cangrejo, a la fe en el pasado, temiendo a la nebulosa del futuro; soportando estoicamente la incertidumbre, el resto amargo en todo trago que pruebo en este presente.

Quizás volver sea, en nuestra historia, algo así como el mito del eterno retorno, el hígado de Prometeo o Sísifo y su destino. Reconocerme en alguno de estos referentes es algo que he querido evitar durante toda mi vida.

Amante y feliz, de pequeño solía soñar con otro tipo de desarrollo; solía, y quizás sólo en busca del conocimiento, idealizar los espacios y los tiempos, su devenir, su estaticidad; solía, inconcientemente, buscar una futura identidad individual y también colectiva, que no era otra cosa que la búsqueda de la identidad personal, la identidad nacional y la identidad cultural.

De todos modos, esto que digo es puro instinto de reflexión. La episteme se ha

idiotizado adentro mío hace ya varios años. Salgo de los sueños sin poder creer que lo que me rodea sea mi realidad. Que este cuarto, sus luces, la vista que enmarca la puerta que sale al balcón, que esta mano que me lava la cara, que este repentino frío, sean reales, que me estén circundando permanentemente y que yo sea el que tiene el poder de darles consistencia.

-Decime, Araña, ¿por qué llorás?

-No sé. Sí. Por Carolina.

-Sí, eso ya lo sé. Pero, ¿por qué llorás?

-Es que ella se va. Se va y yo no la voy a ver más.

-No. Eso también lo sé. ¿No entendés lo que te pregunto? -el Araña me mira enojado.

-Che -me dice-. Dejame tranquilo -ya no llora. Está furioso conmigo porque no lo dejo disfrutar de su angustia.

-Viste -le digo-. Ya tenés otra cosa de la que preocuparte -me mira odiándome.

-Dale -le digo-, vamos a lo de Diego a tomar una cerveza. Nos están esperando.

El Araña se sopla los mocos -epílogo de toda preocupación- y montamos en nuestras bicicletas.

En el aire pasan montones de cosas intrascendentes. Una nube se disuelve; cruzan bandadas de pájaros irreconocibles en forma oblicua a las vías del ferrocarril; comienza a soplar un viento del este que hace asomar los dientes de su tormenta de verano en el horizonte; el sol se corre unos centímetros en su camino. Lo dicho. Montones de cosas despreciables.

En la Tierra, Carolina termina de armar sus valijas. Los padres temen otro golpe de estado después de la muerte del presidente. Han decidido irse del país por un tiempo. Ella no llora, aunque quiere tanto al Araña como él a ella. Ella sabe de sus obligaciones, sabe de su peregrinar, sabe que perdería su identidad lejos de su familia. Lo suyo no es cuestión de identidad nacional, es algo más bien cultural.

Ahora lo veo, Carolina era -uso el pasado, la historia es tan penosa- mejor que nosotros en muchos aspectos. Pero, gracias dioses por ayudarme a redimimos, su sentido del deber le hizo perder grandes momentos de felicidad, de dejarse ir. Quizás se haya perdido la posibilidad de la caída, del arrastrarse, del ensuciarse las manos. No sé. Ahora todo es tan confuso que puedo afirmar algo y negarlo a la palabra siguiente. ¿Habrá sido todo así siempre? ¿Cómo tener una idea constante en estas regiones? Ya sé. Soy yo, no debo echarle culpas a nadie. Pero, ¿cómo evitarlo? ¿Para qué?

Releo. Es todo tan estúpido que ni siquiera puedo expresarlo. Lo que dije antes: conciente de las propias limitaciones. Pero, y aún así, el escribir, el permitirle a la memoria un espacio de privilegio.

¿Qué hacer si no? Las mañanas enteras son una presión diaria hacia la afasia y la ataraxia. Las mañanas son una ecuación igualada a cero, una incógnita a revelar, que uno ya prevee. Como esto. Como no poder olvidarla -ahora te entiendo Araña, pero yo no lloro, no podría, ¿debería hacerlo?-. Necesitaría de todos ellos ahora, de nuestra estación de ferrocarril. Necesitaría poder avergonzarme de alguna de mis aptitudes. Siento todo tan irreal que culpa es sólo una oscura palabra vacía de significado.

Es terrible darse cuenta de que desde la angustia uno es más penetrante, más inteligente quizás, que desde la felicidad.

Es verdad, cero por cero, cero.

FIESTA

Búsqueda en
Rosario City

Y sí, qué duda cabe,
duro oficio el de cronista.

Cronos.

Asesinatos en nombre del amor,
o tal vez de la pasión.

por P a b l o E . T e o b a l d o

Sábado primaveral en la urbe de los corazones amasados. Es aún temprano a la tarde, pero el cuerpo carga con el fardo de varios días de nervios y corridas y ensayos y alcohol y libros y fantasmas, y eso se nota. Una pepa, un miorrelajante para dormir una siesta reparadora y aflojar la espalda. Sueños. Visiones de una noche apetitosamente ácida; divagación lunar en el reino de lo neuronal.

Visiones.

Y el blues, y la viola que hiere el aire espeso de la Cueva y lo hace menos real. Lindo lugar, éste. ¿Dónde estamos, en realidad? Yeah, my baby loved me, but that's over now. Blues, una noche sin estrellas, sin Luna, sin vos. Y el recuerdo y el mareo. Un reptil coquetea con una puta semipelirroja a la luz de las velas psicodélicas. Bien vale una pérdida de días o años el perder la conciencia. Y yo sé que sabés. El blanco de los ojos se confunde, Blues Boy. No me dejes. El bajo que se adhiere a una cápsula submarina. Despierta, niño, despierta.

Eh, esperamos que no explote Sorrento como la otra vez. Velas. Cera derretida, y pupilas más que derretidas. Todo parecía, me parecía distinto, vos eras diferente, me engañé. Dejate de joder. Nada es mentira en su momento, no. Pero ya fue. ¿Y eso qué? Que ya fue, olvidate de mí. Andate a la puta que te parió, nunca podré. Chau.

Esto está desordenado, dice, declama el crítico de la revista. No se entiende. Si no es para que se entienda, gil, es para que se sienta. Ah, para que... se sienta. Ah. Bueno. Seguí nomás.

Tante grazie. En qué estábamos. Labios perfectos, hola nena, hola locura, el pasto está bueno esta tarde, qué estás escuchando, Lennon, uf uf, qué cosa rara el viejo tic tac, ¿verdad mis queridos drugos? Verdad.

Visiones.

Atraviesa hacia el otro lado, hacia la orilla del río que trajo el cuerpo podrido de algún rito pagano. Ríos de demencia contenida. Eh, gritá algo. Lo que sea. ¡Gritá! No saben, no quieren, a menos que sea para el Susybingo o para algún otro programa bobo de preguntas y estupideces y televisores color. ¡Abrí los ojos, imbécil! ¿Qué esperarás? Tal vez el viejo Bach te

haga recordar algo de esos días en los que lo importante era comer, dormir, coger, beber agua del arroyo, escribir unas líneas no demasiado notorias pero líneas al fin, de lo que fuere, y pasear y ver el atardecer en el campo y el vino y la boca y nuevamente las tetas de Lady Loquesea para aplacar la ansiedad preonírica, y otra vez el sueño, el sueño.

Ah, esto se siente realmente mejor. Los músculos de la espalda casi no duelen. Un poquito atontado, eso es. Falta poco para la prueba de sonido. Este boludo me tenía que pasar a buscar y se olvidó, seguro. Y, con la excitación previa. Brruummm, vuela el vehículo y los equipos están a punto. Desafinemos, amiguitos. Y desafiemos, una vez más, lo burdo, lo común de esas minifaldas tan ajustadas y tan manoseadas por sus morochas dueñas en el afán de que no se les escape alguna sombra de más. Eso es, brilla el reflector, se apaga, se duerme sin Sol.

Visiones.

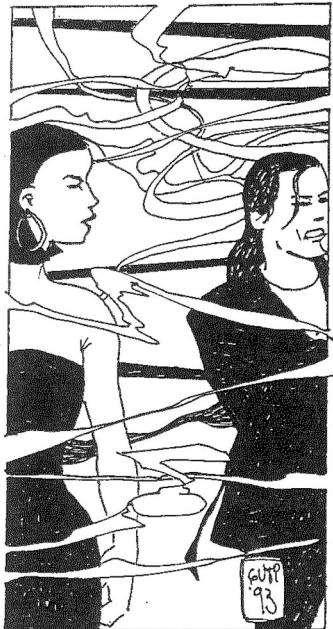
I want you to come back to me. Mentiras. Ni yo me las creo. Fuck you, eso es. Perdete en el remolino del licor del olvido galáctico. Emborrachate de adioses; y cuando hasta eso te parezca insuficiente, agarrá el micrófono y empezá a darle. A darte. Nada puede detenernos. Nada. Y mis ojos, cansados de no verte. Demasiado tarde, demasiado tarde para los dos. Llorá, nena, llorá.

Tap tap golpea el viejo Alex en las pestañas del Lerdo. Naranjas, pequeñas máquinas de tiempo arrojadas al vacío de las calles de esta puta ciudad. Ni el Monumental ni el Cairo ni el Gran Rex querrán volver a tenerse en su pantalla. Ya veremos eso, luego de las bombas atómicas. Nadie volverá a dar órdenes. Todos volverán a hacerlo. El futuro es intrínsecamente inseguro. Es que no ha podido superar aún su Edipo. Sí, bonita, no te rías.

Tap tap tap ya estoy despierto, ya estoy. Ah, ya es la hora, bueno, al frente, se hace tarde, hablemos, hablemos con los chicos, tal vez no todo esté perdido. Escarbemos en la raíz de la esperanza una vez más. Seamos libres hoy. Ey, es que no me escucharon. ¿Es que no me escucharon? Otra ronda de ginebra para los queridos drugos; nadie tiene toda la culpa. Trenes que giran en el borde del precipicio que es mi cerebro, sentir el sabor del vértigo, del miedo. Espero que algún día comprendas. Eso es, otra cerveza. El vino se acabó hace rato. Vamos allá, chicos. Vamos allá.

Visiones.

Era (¿fue, dijo ella?) un sábado de primavera. Luces y sabores y pieles y el sueño de algo bien sentido, intensamente. Y todo eso que, ya sabés, se encuentra a veces, y sólo a veces, si te permitís buscarlo.



REDEMIR A UN REDENTOR

(O EL NUEVO REDENTOR)

Estaban buscando una razón que justificase la llegada de otro redentor. Algunos encontraban en esos tiempos catastróficos el mejor momento para su creación, otros sólo veían un mundo perdido con el que ya nada se podía hacer.

La larga mesa de los quince creadores de todas las eras era una batalla diplomática.

-No va a servir para nada -dijo uno- en el estado de degeneración humana en que están podrían solamente apalear a nuestra criatura, no escucharían...

-Por eso mi propuesta de la criatura-impacto.

-¡No sean animales! -dijo una tercera- ¿Cómo van a enviar una criatura destructiva, una bestia abisal que se haga oír luego de masacrar?

-Creo que es lo mejor -dijo otro.

Los diálogos iban in crescendo hasta llegar a una marea de gritos e insultos. Los creadores más humanos llegaron a arrojar algunos elementos al otro lado de la mesa.

Luego de segundos para el mundo pero siglos para los creadores llegaron a una sabia conclusión (que era a lo que siempre apuntaban): enviarían a una criatura-impacto, un redentor violento que se haría escuchar y así le darían otra posibilidad al mundo.

Relámpagos y truenos en una noche despejada anunciaron la llegada de la criatura. Se irguió entre la multitud, era un ser de apariencia semi-humana, a pesar de sus cuernos y colmillos, a pesar de sus dos metros setenta musculoso físico de piel azul. Abrió los ojos centenarios de humanos retorciéndose, piso.

Abrió sus monstruosas quijadas y nal, de un volumen sobrenatural... Pero igual. Fue en ese momento que sus oídos lastimados, ¿qué era toda esa tormenta de sonidos?, captó las luces y vio un escenario gigante donde humanos corrían y emitían extrañas melodías.

-Uuh, man, estoy tan doblado que me parece ver un monstruo -dijo de los humanos.

-No, no, hermano, es un man disfrazado -le contestó otro.

-¡Chau, loco! ¡Mirá loqueséso!

Vio dos débiles homúnculos que se acercaron sonriendo ampliamente. Se puso en guardia, tal vez debería empezar ya con su tarea de redimir.

-Flash, loco, tomá -dijo uno y le extendió un tubo de papel-. Fumá, man, fumá.

En ese momento se le abrió la nariz y empezó a captar aromas. Sintió algo dulce que le llegaba al cerebro, algo... agradable.

-Fumá, flaco -repetía uno de los humanos y se llevó a la boca el tubito humeante y aspiró, vio el redentor como una llama rojiza se avivaba en el otro extremo del papel. El humano le extendió el tubo otra vez.



y su desmesuradamente de pupila de gato y vio girando y revolvándose en el

emitió un rugido casi infernal pasó, todos seguían se abrieron y se sintieron

-Faso, es faso, fumá.

La criatura copió detalladamente los movimientos del humano (y estaba bien entrenada en la observación, todo iba incluido en sus instrucciones de combate como criatura impacto que era), tal vez valía la pena intentar un acercamiento a estos homúnculos, pensaba para sí, no vinieron violentamente, me escucharán.

-Fumá o me lo llevo.

El redentor lo tomó con sus dedos, lo llevó a sus labios, aspiró con fuerza y sintió sus pulmones demasiado llenos, desplazó a cinco o seis humanos que estaban a su alrededor cuando amplió su caja torácica. Aguantó la respiración, como había hecho el humano, y sintió que sus dedos se quemaban, soltó el **faso** (¿así lo habían llamado?) y empezó un cosquilleo adentro de su cuerpo, los brazos estaban más livianos, el sonido que tanto lo lastimaba antes ahora le agradaba, se sentía... bien, como si no necesitase azotar a nadie.

En ese momento se acercó una humana.

-Paz, paz y amor -le dijo a la criatura y la tomó del brazo.

El redentor vació sus pulmones y la miró con sus ojos de gato. La humana lo abrazó y empezó a mecerse contra él.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó mientras se quitaba una remera de todos colores espiralados, colores que al redentor le gustaron.

-Uuuuuuh... Criiisstoooo... -dijo pronunciando sus primeras palabras la criatura. Y se escuchó lejos, ajeno, distinto al rugido que emitiera para anunciar su llegada. Sentía que los instantes duraban minutos y no podía dejar de mirar la remera.

-iWOW! -dijo ella- Cristo, ¡qué bueno! -y dio un saltito, lo que le hizo notar al redentor unos prominentes y blancuzcos pechos. Ella volvió a abrazarlo y comenzó a acariciarlo mientras se retorcía a su alrededor.

-¿Cuándo llegaste a Woodstock? No te había visto, y a un tipo como vos se lo tiene que ver fácil.

Y por primera vez la criatura sonrió. Era feliz.

Mientras, en algún lugar, los creadores empezaron a putear.

Estudio de

Gráfica

tel. 62829

No se quede afuera del mundo... Aprenda

**ALEMAN
INGLES
FRANCES**
Traducciones

 24-5887

RESANDO LA NOCHE SOLA

JAVIER GIRARDINI

Era un día de verano. El cielo se oscureció enseguida y la cara de la gente tomó esa tonalidad incierta propia de la estación, el lugar y la hora. En el fondo persistían unas nubes gordas y viejas, más violetas que el cielo. Unos chicos gritaban en la esquina. El mozo de un bar tiró una llovizna de tapitas sobre el asfalto. Miró al cielo. Todo parecía predisponerse para la noche alrededor de esas casi dos manzanas de hospital que emergían abruptamente en medio de un bloque rancio de ciudad.

Escena única

La enfermería se encuentra en la intersección del pasillo central y uno más pequeño. Es una habitación con una gran vitrina. Se ven estantes con medicamentos, bandejas y un diario sobre el escritorio. Se escuchan los pasos de la enfermera que avanza por el pasillo central poco iluminado. Son las 9:00 PM. Entra en la enfermería, se quita los zapatos, gira hacia la vitrina y empieza a hablar.

ENFERMERA: -Bueno, spongo que todavía no podemos empezar. Para colmo este hombre todavía no ha llegado... En fin (se afloja un poco las medias y se desabrocha un botón). Así es, siempre tenemos que cargar con la cruz. (Se calla, escucha unos pasos livianos que se acercan. Rápidamente se calza los zapatos y se retoca la pintura de los labios. Alcanza a ver a un hombre que se detiene a unos metros de la enfermería). Pase, Jones. Menos mal que le dije ocho y media, eh. Acá el tiempo es oro, es oro. Vamos, pase...

(Jones saluda con la cabeza y se dispone a hablar).

E.: -No me diga nada. El colectivo, el tráfico, ya sé. Venga, siéntese (le acerca una silla. Jones se sienta y apoya el portafolios sobre las piernas). Ya casi empezaba sin usted, total, es casi lo mismo. Momentito, no vaya a creer que no me cuesta. Cada vez que hablo siento como un ardor acá sobre el vientre. Bueno, en fin, que sea lo que Dios quiera...

(La enfermera, todavía con las manos sobre el vientre, se queda con la vista perdida en el techo amarillento. Jones saca una birome y unos papeles y habla en un tono débil).

JONES: -Cuando usted quiera.

(La enfermera se lleva las manos al pecho y hace una seña con la cabeza).

J.: -¿Nombre?

E.: -¿Cómo nombre? Habíamos quedado sin nombre. El nombre no (Jones la mira sin hablar, le sonrío levemente). Bueh, total... Ponga Catalina, o no, María de los Angeles.

(Silencio. Se apagan las luces).

(Vuelven las luces).

E.: -Lo vi por primera vez esa mañana de lunes cuando lo internaron. Usted tendría que haberlo visto, colgado de dos personas y ese pelo blanco como brillante por la luz que venía de la calle. Lo arrastraron por este pasillo, ¿ve? Yo casi no le presté atención, una está tan ocupada. Pero la imagen me quedó grabada, qué sé yo... (La enfermera se para frente a

la vitrina, enfrentando su reflejo). Lo pusieron en la quince y yo fui la primera en atenderlo. Casi no hablaba. Lo tuve que bañar. Usted no sabe. Ese hombre era piel y huesos. Tenía una piel blanca pero dura, durísima y sus huesos eran largos. En conjunto era armonioso, eso sí, aunque había algo raro. Después lo vestí. Era dócil. Recuerdo sus ojos clavados en mi nuca, tan fuertes, a pesar de lo inerte de su cuerpo. Unos ojos gigantes, marrones y oscuros, qué sé yo... Algo que no encajaba. El primer día balbució un "gracias".

J.: -Para usted no era un paciente común.

E.: -No, no. Ocurre que, bueno, una está acostumbrada a próstatas, diabetes, reuma, no todos los días se encuentra con algo así. Sepa que yo no hago preferencias ni distinciones. En realidad, ese anciano sólo llamaba un poco mi atención, pero era una pequeña cosa, una nada (Jones escribe en silencio, ella se sienta sobre el escritorio y cruza las piernas). Me molestaba, había algo en ese cuerpo seco y largo, pero anote bien esto: no por eso le dí peor trato. A pesar de todo soy justa.

(Silencio).

E.: -Eran días de mucha agitación, llegaba gente de todo tipo y aún en el medio de la tormenta esa sensación clara de que el anciano estaba allí, en alguna habitación o en algún baño, durmiendo cerca de un tubo de oxígeno o compartiendo la habitación con algún paciente nuevo. Siempre ahí, quieto, duro, blando y seco. No vaya a creer que yo le estaba encima, apenas si le daba alguno que otro calmante. Pero igual estaba, suficiente molestia y con ese vientre.

(Se calla de golpe. Lo mira a Jones y baja del escritorio con poca gracia. Suspira fuertemente y se apoya contra el marco de la puerta dejando que Jones la vea).

J.: -Entonces le molestaba su vientre.

E. (mirando al piso): -Sí. ¿Qué quiere que le diga? Sí. Me molestaba ese asqueroso vientre, así como lo oye. Así como lo oye.

J.: -Sea más explícita.

E.: -Qué sé yo... Qué le voy a decir... Feo, mal -silencio-. A decir verdad era como diferente. Sí, señor. Era como algo mal terminado. Usted tendría que haberlo visto. Tenía un cuerpo largo, duro como una caja. Cada hueso en su lugar, como esas cosas no agradables pero redonditas, coherentes... Pero ese vientre, Dios me libre, era blandito y con forma, ¿vivo? Además torcido, como lo oye, bandeado a un costado (hace silencio, mira a su alrededor y se acerca al oído de Jones). Protuberante, eso es, como una bolita que le levantaba la piel (vuelve a su posición). No, créame. Ese vientre era endemoniado. Una pinturita, así nomás.

J.: -Y, ¿qué es lo que usted hizo?

E. (tomando una silla y sentándose frente a él): -Espere que todavía no le conté lo mejor. Era una noche de calor, verano pesado. Todas las ventanas estaban abiertas y llovía a cántaros, pero era agua caliente. La cuestión es que sonó el timbre de la quince y yo estaba sola. Le confieso que atrevesé los pasillos casi con miedo. Yo tan sola, las paredes mojadas y el hospital como irritado, sabe. Las luces titilaban cada tanto, por la tensión. Nadie hacía ruido, todos los enfermos bien callados y yo lo pensé dos veces antes de abrir la puerta de la habitación. Cuando entré corrió una ráfaga de viento. Era él, llamaba él. Toda la habitación estaba iluminada por una luz amarilla que provenía de la calle. ¡Cristo! El vientre estaba como hinchado, más salido que lo normal, qué impresión. Me susurró al oído algo como "mover el vientre". Me acerqué para escuchar mejor pero sin mirarlo. Recuerdo que el paciente de al lado dormía con la boca abierta. Caminé hacia atrás sin perder de vista la

cabecera de metal con el crucifijo torcido y su rostro abajo. No quiso la chata. Quería caminar y no podía negarme. ¡Mi Dios! Tampoco lo podía dejar solo. Por suerte, la luz del baño era débil. A pesar de mi temor no pude dejar de mirar. Sólo se le movía el vientre, como hinchado (por la humedad, supongo). Yo estaba de espaldas. Los azulejos blancos se reían como una gigantesca boca y la respiración agitada, dolorosa, hinchándose y subiendo con dificultad hasta el yeso del cielorraso. Aunque hubiera cerrado los ojos siempre recordaría esa imagen recortada, todo ese cuerpo estático, los ojos en el techo y el vientre moviéndose, mojado (silencio). Fue demasiado, no se lo deseo ni a usted ni a nadie.

(Se apagan las luces).

(Se encienden las luces).

(La enfermera está ahora sobre el escritorio cruzada de piernas. Jones sigue igual).

J.: -¿Qué hizo usted?

E.: -¿Qué podía hacer yo? Tomé mis recaudos, mis preocupaciones. Me las arreglé para que quedara solo. Elegí el segundo turno de la noche, me armé de coraje durante una semana, cerré la puerta y le moví el vientre. Se portó como un ángel. Ni siquiera tuve que taparle la boca.

J.: -Sea más explícita.

E.: -Vea, con mis veinticinco años de trabajo estoy bastante ducha en estas cuestiones. Así que busqué los elementos y le acomodé el estómago al pobre hombre. Le voy a decir que le hice un favor, ese hombre no iba a contar el cuento en las condiciones en que estaba. En el fondo creo que era un injerto. Sí, ese vientre no debía haber sido de él. ¿Vio que hay casos así? Era tan distinto, qué sé yo, Dios dirá... (Silencio). Bueno, creo que ya está todo.

J.: -Efectivamente. Tome su comprobante, durante la semana recibirá la citación del juez.

E.: -¿Cómo juez? ¿Qué dice? ¿No quedamos en que esto era para los diarios? Lo mato, Jones, lo mato.

J.: -Lo lamento, en este horario soy trabajador del estado, usted insistió con el horario.

E.: (Se desespera. Tiene la cara colorada y se le cae el rodete) -Pero yo no sabía, ¡usted me engañó!

J.: -Lo siento.

E.: -¿Cómo lo siento? Usted es una basura, un desalmado que me hizo (empieza a golpearlo en la espalda y rompe en llanto, Jones intenta hacerse a un lado. Se prepara para irse. Ella cae sobre el escritorio. De pronto se calma, enjuga sus lágrimas y se suelta el cabello. Se desabrocha el guardapolvo mostrando su cuerpo completamente desnudo. Lo toma a Jones del cuello y lo aplasta contra la pared). Soy tuya, Jones. Largá todo.

J. (corriéndose): -Lo siento, pero ya empieza mi horario de cobrador de impuestos (toma su portafolios y se va dejando a la enfermera apoyada de boca sobre la pared). Además...

E.: -¿Además qué, Jones?

J.: -Soy impotente, lo siento.

(Jones se aleja por el pasillo central haciendo sonar sus pasos livianos. Ella sigue contra la pared).

E.: -Vaya con Dios, Jones, vaya con Dios.

hora. Se levantó bruscamente y salió de la enfermería. El pasillo central estaba vacío. Caminó decidida con el guardapolvos abriéndose y volando, todavía desnuda. Su cuerpo cortaba el aire de verano y desplegaba múltiples sombras que parecían seguirla y rodearla. Bajó hasta el segundo sótano. De un golpe abrió las puertas del depósito. Estaba oscuro y emanaba una frescura sucia. El olor a manzana hervida se pegaba a la piel. A un costado el sereno murmuraba borracho, sentado en una banqueta. La enfermera se detuvo frente a la conservadora. Los ruidos de los autos caían a través de las ventilaciones. Abrió las puertas y metió una y otra vez las manos. El ruido del motor invadió el sótano. Salió del depósito con las manos llenas de carne. Volvió a atravesar el hospital hasta la puerta del jardín, al lado de la enfermería. En el fondo, detrás de la fuente, se veía el altar de una virgen pintado de celeste y dorado. La noche tenía un color pálido, estaba estrellada. Cuando estuvo frente a la virgen la enfermera suspiró. Acercó su rostro hasta casi tocar la figura de yeso y la besó. Desde la calle llegaban ruidos de autos. Miró al cielo por encima de las palmeras y con un movimiento instantáneo esparció la carne sobre las flores. El perfume era espeso a esa hora de la noche.

La enfermera durmió al pie del altar, rodeada de gatos y semidesnuda, hasta que un portero la despertó. Casi al amanecer.

-Es que hacía calor -contestó mientras se abrochaba el guardapolvos y miraba a su alrededor. Las flores estaban limpias. Los gatos habían desaparecido. Inmediatamente la enfermera dirigió el desayuno y las primeras tareas de la mañana. Cuando se retiraba, al terminar su turno, pasó por adelante de la virgen. "Gracias a Dios", exclamó sin mirarla.



La Nación se ha conmovido. Aunque aún la información es escasa y sometida a una fuerte censura por parte del Gobierno, se ha hecho pública, al menos en sus detalles más superficiales, la fantástica construcción del Gran Tren.

Se ha sabido que la obra fue iniciada hace unos diez años. Un pequeño pueblo



abandonado, en una provincia mediterránea, se estableció como el centro del proyecto; las autoridades provinciales confiaron los campos de la zona, y el pueblo que fuera abandonado con el trágico cierre de los ferrocarriles.

Lentamente, tiradas por las mismas fueron llegando las piezas del rompecabezas; salpicadas de barro colorado; del sur, con la oxidando los marcos de las ventanillas y vagones vacíos; del este y del oeste llegaron más continúan llegando.

PATRICIO PRON

viejas locomotoras del norte, nieve derretida goteando en los tarde, y aún

Si alguien, como este mal pago periodista, se sienta a la vera de cualquier vía, verá pasar una interminable cola de vagones arrastrados por su locomotora, durante horas. Así, la acumulación de vagones en el pueblo es tal que se teme que pronto llegue a las fronteras del País, o a la Capital; y esto debe impedirse por todos los medios.

Si bien no se han revelado aún los verdaderos motivos que llevaron a tan desmesurado movimiento, se sabe que la idea original era la de construir un tren en

el que nuestro Presidente recorriera el País durante su campaña electoral. Más tarde la obra fue tornándose más ambiciosa, casi fáustica. Debe suponerse que la intención actual -y me refiero a actual puesto que puede ser modificada como sucediera ya una vez- es la de construir un tren infinito, a imagen y semejanza del Universo, cuya construcción lleve a la Nación toda no sólo a la fascinación sino también a la aceptación de un régimen con el que convivimos desde hace una década.

Bajo este poder, la gente no sabe si es feliz o no. Es cierto que la economía marcha perfectamente y que aún el más pobre de los obreros del País puede comer -cosa improbable hace diez años- mas no logramos entender si somos libres o esclavos de un minucioso plan cuya mínima desviación puede llevarnos al desastre. Creo yo, aunque me guardo de opinar de esta manera en mis artículos del diario, que somos en realidad esclavos a los que han puesto máscaras de amos y vestido como ricos sólo para vernos desfilar en un corso humillante.

En un alucinado intento de realizar una construcción que defina al Universo, el Gobierno empleó a ingenieros, filósofos, cocineros, científicos, adivinos, biólogos, abogados, poetas y profesores sin importar sus antecedentes y sus capacidades. Hubo discusiones terribles en las que se llegó a dudar aún de la existencia del poder que los contratara, pero finalmente se coincidió en que el diseño debía ser circular, de modo que el último vagón se uniera al primero.

Nueve años después, finalizada la obra, se envió a un grupo de reputados cocineros a recorrer la construcción para establecer si el tren era o no infinito. Sin embargo, ante la acumulación de nuevos vagones provenientes de todas partes, y al no retorno de los expedicionarios, se resolvió continuar con la obra hasta enviar, más adelante, a otro grupo de científicos que corroboraran si esta vez el tren es realmente infinito.

Entenderán que, debido a su magnitud y a la censura que pesa sobre todo lo relacionado con la obra, los rumores son vagos y contradictorios, y se hace imposible reunir un puñado de hechos más o menos veraces que justifiquen este informe. Algunos afirman que la construcción es falsa y niegan todo movimiento e incluso la existencia misma de los trenes ya olvidados. Otros, en cambio, niegan que exista una provincia mediterránea. Algunos dicen que no existen los trenes suficientes para la obra, que ya han sido destruidos; o que nuestro País, si bien vasto, no podría albergar jamás a un tren circular que creciera interminablemente. Hay quien afirma que el tren, por negligencia, no ha sido jamás construido, y los vagones se oxidan y se pudren, olvidados por los mismos constructores en el pueblo mediterráneo. Otros, más drásticos y tan acertados como los demás, niegan la existencia de este País y del Poder.

II

Pero hay aún un rumor mucho más inquietante. Se dice que el anillo del tren crece lenta pero constantemente, y que en su interior se gesta otro Universo, distinto, que un día ha de crecer y superar al Universo conocido, hasta que otro poder, en otro país, geste la idea desmesurada de construir un tren infinito que crezca lenta pero constantemente, y que en cuyo interior se geste otro Universo distinto que un día ha de crecer y superar al Universo conocido, hasta que otro Poder...



Andrés "Polaco" Abramowski

No creo en el destino. Nunca creí en el destino. Soy de aquellos que creen que todo, pero absolutamente todo lo que ocurre en el Universo tiene su explicación. No es casual que estemos aquí y, de alguna manera, la teoría del Big Bang apoya esta afirmación. Asimismo, nacemos de una relación sexual entre quienes serán nuestros padres, y nuestros genes y cromosomas dependerán del espermatozoide más ágil y fuerte, del que mayor empeño ponga en llegar a fecundar el óvulo de Mami. Y remarco lo del espermatozoide más fuerte. No cualquiera. El más fuerte de entre un montonazo de miles. Tampoco es casual el hijo que se forma si de repente fracasa el método anticonceptivo; si éste fracasa se deberá a su mala elaboración.

Nada es casual. Ese estigma aprehendido desde la concepción lo llevamos por siempre, para siempre, hasta por una causa u otra razón, morimos.

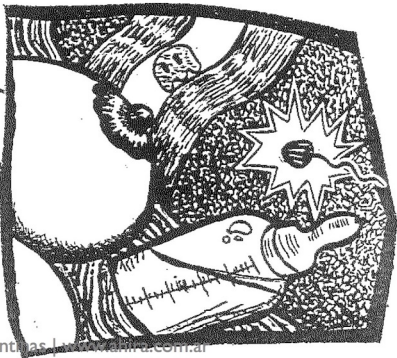
Tengo diecisiete años y muchos recuerdos, debido a que acumulo innumerables vivencias en mi memoria. Claro que no me acuerdo de todo ya que no soy una computadora, hecho fundamentado en mi humano devenir. ¿Me entienden?

"Nosotros nos merecemos aquello que hacemos."
Calamaro, "Enganchate conmigo"

"Comprendo las leyes de la aerodinámica, y podría escribir un tratado sobre ellas mientras dure el vuelo"
Rodrigo Fresán, "La formación Científica"

Mami tenía tetas pequeñas, razón por la cual de bebé tuvieron que alimentarme con mamadera, lo que a veces suele ser traumático. En fin, como buen bebé, prefería las tetas a la mamadera, y por eso cuando terminaba la poca leche que mamá podía darme, ya no quería comer más. No era justo ese postre de goma y plástico, y ante esa injusticia, desde temprana edad me rebelé: después de la teta, aunque siguiese con hambre, ¡huelga de hambre!

Así encaré el destete. Un día Mamá se secó y la comida se polarizó hacia la artificial forma del biberón. En esa época de mi desarrollo físico-social me dí cuenta de que sería otra



vez traumático continuar con mi huelga de mamaderas, por lo tanto, acepté a regañadientes esa forma envasada de morfar. Desde temprana edad acepté el pragmatismo cuando la causa era justa, pero en este caso con una salvedad: lo suficiente como para sobrevivir hasta la próxima teta.

Así continuó mi historia, idealista y pragmática a la vez, con la alimentación. Imaginense mi físico actual, teniendo en cuenta que aquella próxima teta llegó el año pasado, cuando tenía dieciséis. Y a pesar de succioné turbinescamente como en mis mejores épocas de prepúber, nada pude sacar para mi alimentación. Cuál es mi futuro

alimenticio no lo sé, pero seguro que no me lo dirá una carta de tarot.

Sólo sé lo que sé de mi futuro inmediato a través de mi pasado, en el cual se encuentran las causas que determinan el devenir de mi vida.

Y ahí recuerdo mi no muy lejana

niñez. A las siete de la mañana el patio de la escuela se abría ante mis ojos llenos de logaños. El cielo se confundía con la bandera celeste y blanca que flameaba -según creía, y según me parecía- sólo para mí. Creencia-convergamos-infantil, pero perfectamente documentada en que yo era el primero de la fila. Algo parecido pasaba con el pizarrón, ya que además de, bueno, peñoso, era ... bueno, soy medio chicoato. Claro que la negrura del pizarrón y la pureza de la bandera no era lo único a lo que tenía ese privilegiado acceso. También estaba ella, la señorita Juliana y sus adorables y codiciables fuentes de alimento: sus redondas y puntiagudas tetas,

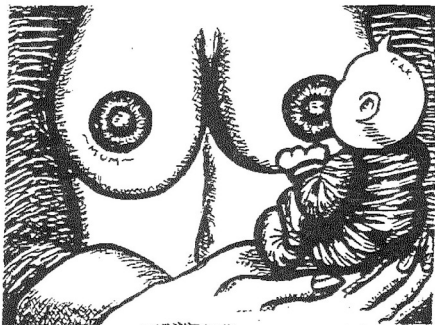
que yo algún día debería recibir. Claro que desde preescolar hasta que me gradué en séptimo grado lo único que recibí de su parte fueron simpáticas -¿simpáticas?- y maternas -¿maternas?- palmaditas en mi cabeza, en mi pequeña pero pragmática pero desconsolada cabeza ávida de sus simpáticas y maternas tetas, que sí recibía Carfete, por ejemplo, que tenía quince y había repetido tres veces. No sé. Sí, tal vez esté arrepentido de haber sido abandonado, pero no fue casual que lo haya sido.

¿Pero qué otra cosa podía ser? En los recreos era pisoteado y ultrajado por muchos de mis compañeros y humillado hasta por los chicos

más chico? bah, por los que iban a los grados inferiores. Y en los cumpleaños, condenado a jugar con los hermanos y primos más chicos del cumpleaños; incluso llegué a jugar al elástico con mis compañeras. Y, por supuesto,

me ganaban. No me quedaba otra que ser el mejor alumno. Ja ja... cuando venían a pedirme la tarea. Por supuesto que se las daba, cómo negarme a esos bestiales reclamos de ese hato de burros y zopencos que se inclinaban ante mí, que los miraba desde lo alto. Desde lo alto de sus manos, que me elevaban a esa categoría superior tomándose de la solapa del delantal. Bueno, pero sepan hoy que detrás de mi aparente cara de miedo por dentro me cagaba de risa. Sí, sepan hoy, ey ustedes, manga de gilunes pelotudos, eh, que me recagaba, eh, de risa. Será por eso que aún los recuerdo con cariño.

Y así fue. Desde temprana edad tuve que



aprender muchas cosas, y vaya que lo hice. Todo efecto, o sea todo, tiene su causa.

¿O qué? Me iba a quedar llorando, pensando, diciendo como un boludito, ¡oh, madre! ¿por qué me hiciste un alfeñique. O peor, encomendarme a Dios como fuente de origen y solución de mis desgracias de tamaño. De ninguna manera. Si de última, todo se debe a que el espermatozoide más fuerte de Papi que fecundó al óvulo más lindo de Mami, resultó ser el más idealista, el que no se comería ninguna -salvo esas tetas-, el que, en definitiva, me dotó de una inconmensurable fortaleza mental, que en parte es la causa fundamental de mi encienque cuerpito, ¿por qué achacarle a la "mala fortuna" esa parte de mí que no me gusta? Porque, si hay que aceptarlo lo acepto, está bien, no estoy conforme con mi tamaño. Pero ojo, lo acepto racionalmente, con fundamentos.

Porque parecería que todo lo que nos sale mal es debido a la mala suerte, a eso de lo que nadie dio pruebas de su existencia. Como el tío Rolo, quien murió de un infarto cuando ganó el Quinió. O el padre de Cañete, que enloqueció cuando un meteorito muy pequeño, pero meteorito al fin, cayó en el área de Talleres en el minuto cuatro de descuento y Castilli cobró penal para River. River empató y el padre de Cañete, que había puesto ganador a Talleres, obtuvo doce puntos en el PRODE de ese día. De más está decir que el padre de Cañete jugaba siempre la misma boleta, es decir el mismo dibujo. Si se hubiera detenido a pensar, hubiera deducido que River no podía perder nunca con Talleres estando aún en carrera por el título. Ahí lo tenés ahora, y los vecinos se compadecen ante la familia y dicen "qué mala suerte, pobre gente, qué tonta jugada

del destino". ¿Qué culpa, digo yo, tiene el destino, si el destino no existe? Lo que existe, sincerémonos, son los meteoritos, los penales, los árbitros, y lo peor de todo, esa compulsión ciega y pagana de achacarle al azar todo lo que a uno no le sale como esperaba.

Y no sólo eso. Creo que es peor aún, el adjudicarte el cartel de buena suerte a los aciertos de otros. Como si un número definiera nuestra vida. Ja, pensar que de eso se me acusa ahora a mí, justo a mí: de tener buena suerte.

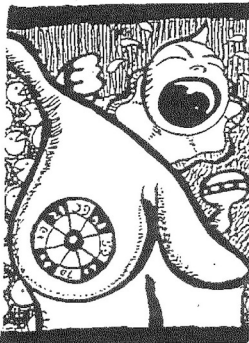
Y yo, por supuesto, trato de explicarle a la gente, que el hecho de que aún habiendo sido sorteado para el servicio militar con el número 968, será exceptuado por pesar cuarenta y cinco kilos, tiene su historia lógica con su perfina relación causa-efecto. "¡Fuáh, pero qué orto, enano güacho!".

Es para reirse ¿no? Mis amigos, esos que siempre me humillaron por mi pequeñez, ahora me achacan la grandeza de mi culo, de mi "orto", que en verdad, no deja de ser proporcional al resto de mi escudido y ahora "triumfante cuerpito".

Permítanme reflexionar. ¿Es que acaso no hice nada durante mi vida para salvarme de la colimba?.....

Ayer me encontré con Cañete, que acaba de salir de la colimba y que fue sorteado con el 968, igual que yo. Cañete me dijo: "Hermano, no sabés de la que salvás. Pa' colmo sacaste el mismo número que yo".

¿Qué le podía responder? ¿Que mientras él poseía las tetas de la señorita Juliana, a mí me mandaban a jugar al elástico con las nenas del grado? ¿O hablarle del espermatozoide más fuerte que etc., etc.? No, no me iba a entender... "Cosas de números, Cañete. Es un chiste del destino, le dije, aunque -ya saben- yo no creo en el destino.



S i g l o

Diego Martínez. Noviembre 1992.

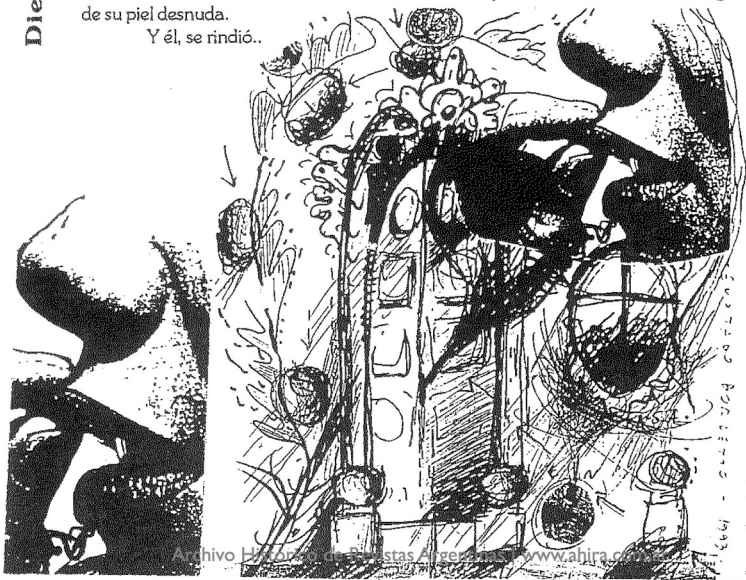
El lugar de reclusión: una antigua casa victoriana, pura como la savia blanca de algunas plantas y cubierta por madre selvas; sus habitaciones, pulcramente iluminadas por el sol. Y todo esto depositado sobre una pradera verde de vida, como debe ser.

Lo maniataron fuertemente con caricias. Lo torturaron, posteriormente, con cuidados intensivos. Pasaron suaves dedos a través de sus cabellos dorados y enulados, pero se resistía con vehemencia. Lo quemaron con palabras almibaradas, dulces, y sólo respondió cerrando sus ojos.

La entidad de los besos tuvo el encargo más exhaustivo, atacarlo con tardanza, en forma circular; partir del abdomen y cubrirlo completamente. Los gritos del recluso eran de placer, y sin embargo los rechazó con solidez.

Como decisión final: lo fusilaron, a la cuenta de DOS, porque es el número para enamorarse. Dispararon contra él miles y miles de abrazos, con manos tiernas, de todos los colores; brazos inmensamente cálidos, dejando rastros de amor a lo largo de su piel desnuda.

Y él, se rindió..



más allá de la barrera

“Algún día despertarán... y dejarán de imitarnos”. J. L. Borges, *Animales de los espejos*.

Bostezando todavía las últimas gotas de su siesta con la frente inundada de sudor, caminó hacia la heladera en busca de algo refrescante. Luego de estar sentado en el banquito de la cocina por el espacio de unos diez minutos mirando la telaraña que pende de uno de los vértices del techo, Francisco apoyó su mano derecha en la mesa y se autopropulsó hacia arriba. Una vez parado se dirigió pensativo hasta la ventana, miró la ciudad que se presentaba de un color ocre producido por el sol al estamparse en los edificios, en los atardeceres de marzo. Todavía no había conseguido las fuerzas necesarias para enfrentarlo.

Después de un lapso considerable de tiempo, cuando las sombras ya ganaban espacio en las paredes, giró sobre sus talones y se sentó en el sillón hamaca justo frente a él. Tomándose el tiempo necesario fue levantando la mirada hasta poner su vista perpendicular a la de su interlocutor.

El, como siempre, miraba fijo a los ojos de Francisco, y como de costumbre fue él quien empezó preguntando.

-¿Es necesario seguir con esta vida desgraciada?

-¿Y? ¿Qué querés que haga?

-No sé... ¿Por qué no suicidarte?

-¿Otra vez con eso? Pero si vos mismo decís siempre que no la soportás.

-Sí, sí.

-Bueno, entonces, usá ese revólver que compraste.

-Pero no... NO.

-Dale, animáte de una vez.

-¡Basta! Dije que no.

-Vamos, sé valiente.

-¿Yo valiente? Claro que soy valiente. Mirate vos, siempre sentado, lo único que hacés es opinar sobre mí.

-Dale, es un segundo y todo termina.

-¡No! Dije que no y basta. Y mejor que terminemos por hoy.

-Vení, no te vayás.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

ESTEBAN
CRINCOLI

-Pero haceme el favor... Mirá lo que sos.

-...

-No servís para nada, todo el mundo te lo dice.

-Me tenés cansado.

-Si ni vos te soportás.

-Basta.

-Mirate, sos un inservible, una basura.

-Basta.

-Basura.

-Basta.

-Inservible.

-Dije basta, basta.

Francisco, ya agotado de todo este tiempo de torturas, de soportarlo a él, de verlo siempre sentado con la vista fija, tan frío, ahí, hablando y hablando...

No aguantó más, tomó de un manotazo el revólver y disparó seis veces.

Después de verlo demolerse sobre el piso se recostó en la cama y comenzó a reír paulatinamente hasta llegar a una tremenda carcajada que se prolongó durante horas.

Al fin y al cabo el espejo no era nadie para tratarlo así.

GESAMTHEIT.

(Totalidad)

**Déjame morir por un instante,
deja que escuche el silencio de tu voz
como en un beso.**

**Déjame parir el dolor del encierro,
deja que clave una tijera en mi pecho
como en un suicidio.**

**Déjame partir hacia lo incierto,
deja que beba tu aliento
como en último deseo.**

**Déjate morir por un instante.
Déjame parir hacia lo incierto.**

**Y no me temas,
detente a mirarme,
como último intento.**

Herminia Julia Claeys

**EXTRACTOS DEL
DIARIO DE UNA
HARE KRISHNA
CUARENTONA**

Sucedió algo muy triste. Mientras bailaba al sol con mística sincopada percibí un chapoteo y una perturbación provenientes de la pelopíncho familiar. Entre burbujas y convulsiones mi hijo expresó sucintamente que el filtro antiparásitos del natatorio lo estaba succionando. Meditando sobre la situación tuve la mala suerte de manchar mi túnica naranja de salir. Caía el agua. En el agua una pata de rana flotaba a la deriva, como un símbolo del mal gusto de sus fabricantes.

(Yo quiero ser profeta, due)

por Juan Ignacio Arias

Jueves.

Mi cuñado fue atacado hoy por un sapo ebrio. Se había fugado de una ceremonia uadú, donde le comidaron con licor para que pudiera afrontar con entereza el momento del sacrificio. El batracio repudiado describió una elipsoide y se estrelló contra la piedra imán de mamá. Mi padre ha comentado desdiciosamente "Meteco, Meteco" y se ha ido musitando otras palabras aisladas que conforman sarsabor filosófico. Mi cuñado se halla postrado en cama por los acontecimientos del día.

Vernes.

Mamá recibió una revelación. Según ella el sapo alcoholizado montado por Mahoma subió a los cielos a compartir su gloria. Mi hijo segundo fue también al ingerir una hebilla inserta en un ñoqui de mamá. Mientras mi cuñado permanece incapacitado mentalmente afirma con gran seriedad la inconveniencia de divinizar en un cielo musulmán a un sapo borracho.

Proyectamos remitirlo prontamente a un neurosiquiátrico.

Sábado Casini.

Mi hijo menor, retirado espiritualmente en Mar del Plata y cantante callejero de baleros litúrgicos, hizo algo ayer algo insensato. Se dejó llevar por las palabras de un arcángel disidente que le aseguró la destrucción de la ciudad tal como sucedió con Suborra y Galmarini. Ingenuamente pagó por ser aceptado en la comitiva de justos que debía salvarse sin mirar atrás. Ahora mira el mar, convertido en el hazmerreír salado de los turistas gordos de pantaloncitos ridículos. Mientras se llevaban a mi cuñado, mi padre comentaba: "Es seguro que no conocía la desdichada historia de Orfila y Borenice, en la que el hijo del borracho baja al sótano a rescatar a su amada de las garras de pluto". Ha de figurar sin duda en alguna obra de la antigüedad clásica ya que no he podido encontrarla en la biografía no autorizada de Pedrito Rico. He de preguntar a mis maestros que conocen de sicología lacustre.

Santa Teresita Lladó

Las revistas de divulgación científica entienden que lo ocurrido en Mar del Plata fue un simulacro. El heresiarca Borgese en su "Krispurn och Julius" afirma que en realidad fue una forma de canalizar las perversiones de la divinidad. Crónica considera que hubo dos facciones enfrentadas de ángeles y que "se palpaban bajo las alas en busca



© 1995 MARAVIER

**UTOPIA
Records**

**Compact Disc
Cassettes
Videos
Laser Disc**

**Córdoba 1060 - Local 5
Galería Sudamérica
2000 Rosario**

de facones”.

Estoy exaltada. Salté al jardín y me puse a bailar con mi única rosácea. Sé que mañana tengo que levantarme temprano para vender libritos en la calle pero no me importa. Creo en los efluvios angélicos y en Sarmiento. No hay fe que pueda igualarse a la mía.

Otro martes.

En el neurosiquiátrico ha muerto mi cuñado. Sus últimas palabras fueron: “He visto al ángel de la muerte y se llama alegría”. Según comentaban los enfermeros le negaba la divinidad al ser supremo al que consideraba omnipotente, omnipresente, omnisciente y omnívoro, repudiándolo al verlo en sus excrementos recién defecados. Capital de los locos, tu dinero no vale un alma. Me pregunto qué locura pintoresca no se transforma en un tango de fonda que revive tus peores recuerdos.

Día Dalí.

Mamá se fue hoy con el circo. Encontraba divertida la idea de subir a un trapezio para colgarse de los pantalones del sapo y así acceder a una entrevista con Mahoma. No habrá tenido en cuenta la cantidad de horas que esa gente trabaja al día. Sería una lástima llegar hasta allí y luego tener que volverse, o peor, quedarse ahí hasta su muerte, como aquel cuento de Kant en el que un hombre intenta colarse a un baile de campo disfrazado de pollo a la Maryland. Cuando papá se despertó tuvo la sorpresa de oírle decir: “Cogito ergo sum”, que según él significa que a las personas ignorantes se les dispara el almórga cerebral como chizetazo. Lejos de estas especulaciones culinarias hallo la paz en el Mamabarhata.

Día Castro Luis M.

Los noticieros anunciaban hoy un desastre. Los monaguillos del servicio de inteligencia del Vaticano comprobaron que el cardenal noruego Turguensen, electo recientemente Papa bajo el nombre de Olaf VI, sustituirá el tocado papal por un casco vikingo con cuernos. La población se desbanda atemorizada arrasando en su favor todo el alimento que pueden encontrar. Mi padre cree en la democracia y ha expresado que votará en las próximas elecciones para Papa a favor de Michael Jackson o en su defecto a Bruzuela Méndez.

Esperamos la invasión de un momento a otro.

ESCALISE NOW.

Cuando caía la noche mi padre le puso una cadena y un bozal a una bolsa de residuos y se sentó a esperar tranquilamente a que pasaran los muchachos de la recolectora. En la primera edición de los diarios de hoy apareció su foto acompañada de un titular en negrita: “Se negó a abandonar a su tierna mascota”. Tal vez pensó que su pequeño acto mitológico podía compararse a aquel otro en el que un miserable se consume cada vez que usa un tapado de batracio. Podría ser de Williams Chichons o de aquel gordo que comía las alegres comadres de alguien llamado Wilson. Es lo mismo. Los oigo acercarse por las calles, variaciones de un solo rostro terrible que ilumina su ira. Auxiliada por mi rabindranah particular espero el momento de reencarnarme en una cebolla feliz o en una medallita del Sagrado Corazón, pero sin recargo.

LA SIMILITUD DE LA MUERTE

A la memoria de María Luisa Constantini

En las cercanías del Marataná, a orilla del lago de Los Tibus (demasiado azul, por cierto, para ser de este mundo). Indemne a la palidez del viento y la sequedad, donde el silencio esparcido sobre las ruinas que alguna vez poblaron la infancia.

Allí había existido, alguna vez, aunque no ciertamente en esta vida.

Aquí, en cambio, a orillas del lago de los Tibus todo resultaba misteriosamente fantástico.

El incienso petrificando los rostros con indecencia perfecta, y no promiscua. Los animales poseyendo a los árboles con tan sólo rozarlos... Y así acaecían atardeceres infinitos.

Aprendí a reconocer la capacidad de los dones. Me distraía el pujar de las libélulas por amamantar a los sábanos o el correr de los cristales por el lago. Sabían seducirme los álabes levitando de bruces hacia el agua.

Pero pese a toda paz a orilla del lago de Los Tibus, sucedió algo inexplicable que punzó mis ojos para siempre.

Jamás se había advertido un ser humano navegando el Marataná, y menos aún merodeando Los Tibus. Es que... hacía más de cien milenios habíamos eclipsado nuestros cuerpos. Los espejos ya no reflejaban la sal ni tampoco los rostros.

Los amaneceres se burlaban con prisa de las cavernas y los invernáculos, hasta que una tarde, un hecho acabó por ultimar hasta la más mísera de mis vértebras.

Cuatro mujeres se acercaron orfanas hacia el lecho de rocas que cercaba el lago, y luego de palpar una a una mi invisibilidad sometíendome a extraños rituales con sus manos endurecidas por la pena, desplomaron sus cuerpos como reptiles (pero aquéllos que lamen el lodo para no cometer jamás la más terrible de las blasfemias).

Mientras la una deliraba exultaciones frenéticas, la segunda, más pequeña, helaba en mármol todo aquello que rozaba. En cambio la transparente, la tercera, confinaba universos por sobre toda tiniebla. Ella extendía palmas traslúcidas y etéreas contra toda indecencia.

La una, súbitamente, tomó la palabra:

-Ella solía recorrer casi todos los rincones de la casa, con demarcada paciencia y dulzura única en sus manos, cerrando los visos, los postigos, las persianas de madera de las puertas que daban al patio.

-Madre, matriz, cimiente -agregó la segunda sin permitir que sus ojos parpadearan ante el recuerdo.

-Música ancestral la de sus labios, jamás oída por anohecidos profanos -añadió la tercera.

-Los telares y las suntuosas arañas de los cuartos pudieron haber perdurado hasta lo

María
Graciana
Petrone



eterno -dijo la segunda.

La una, embebida en carcajadas coléricas, musitó: "Logré destruir absolutamente todo con el poder que los designios de la orfandad impusieron en mi cuerpo."

La tercera frunció sus pómulos y desvió la mirada. Bien sabía que el mismísimo Dios habitaba más cerca de los cielos que de las agonías.

Y entonces, como es menester de quien lo supo todo, y por demás, malogrando el silencio conservó la cordura y dijo: "Yo, la cuarta, sé que una mano nefasta devastó sus pupilas. Alguien arrebató los jazmines del patio y vertióse la sangre imposable y austera." Demasiada sapiencia hizole comprender que pronto le llegaría la muerte.

Las demás callaron en señal de respeto antes las cosas que no deben oírse, pero que deben ser. La cuarta, la más joven por cierto, y más aún desteñida por la pena, profería palabras motivantes de alto silencio. Ninguna se atrevió a disentir de ella la mínima palabra. Aunque no parecían entenderse entre sí, coincidían en amores para con aquella mujer quien les había enseñado la dulzura.

Hubo un largo silencio, donde el menor respirar de las hojas ni el humedecer del viento.

La una levantó los brazos hacia el cielo y en un histérico gemido se extirpó con las uñas una a una sus venas, y partió.

La segunda quedó petrificada y condenada a emanar durante siglos el sudor del mármol y los inciensos.

La tercera levitó sin quererlo, un instante, y entre extensas transparencias emprendió vuelo hacia lo eterno.

Yo las ví diluirse en un vuelo de espanto.

Ahora, en las cercanías del Maratáná, a orillas del lago de Los Tibus, quedamos a solas la cuarta y yo... Fue difícil reencontrarme con mis ojos. Palpar uno a uno mis extremos después de tantos milenios... Y como es menester de quien todo lo supo y todo lo vio, malgramos la muerte conservando la cordura.

Ningún sonido que haya de oír en este mundo iguala al zipper de la funda plástica de mi Olympia portátil cuando tiro de él para reencontrarme con su querido cuerpo de metal, oliente a tinta... Hagamos prosa, Olympia, arma mía, hagamos de nuestra vida un romance de verano, que los granos de arena que le voy arrancando a la infinita playa del lenguaje pulsen la musculatura de tus letras. Dale que tatuábamos el silencio, Olympia, acero mío, dale que enhebrábamos los minutos que me quedan en collares y collares de frases, y que la eternidad provisoria de la página se expandía por el mundo como una tarde, y que las palabras eran arpegios de lluvia en la guitarra rota de mi muerte, tornasoladas arborescencias neuronales transparentándose en la música y en su perfume triste.

La tarde, la tarde única de mi vida que es siempre la misma tarde y todos los días vuelve. Hagamos de mi vida la rata de una tarde, y a mi prometida Muerte autora de este vértigo con el que te apedreo, Olympia, no le dejemos nada. Desángrame de todas mis palabras para llegar al esponsal vacío, porque el libro que escribo con mi vida, el libro que va naciendo del telar de tu cuerpo, Olympia, se habrá quedado con todo.

SOLILOQUIO DEL NARRADOR EN MEDIO DE LA CRISIS DE LA NOVELA

Quiero cruzar el río. Quiero perder mi nombre para siempre. Quiero perder las letras en el agua, y ver si queda algo. Es la prueba de Karen Ann Quinlan: si desenchufamos el lenguaje, ¿seguiré viviendo? Y si no, a morir. A desaparecer. Y vamos a ver entonces cómo se las arregla este relato sin mí. Estoy harto de ser pura palabra que tan mal disimula una vida inventada. Nada es más molesto que no tener un cuerpo, y verme reducido a un número de frases que, como bromistas que se ponen de acuerdo para mirar un punto vacío en el espacio hasta que caiga algún gil y pregunte qué hay ahí, señalan en dirección al vacío donde supuestamente soy, o he sido. Es terrible depender de la fe para existir: de un pacto infame entre el lector y él mismo, suponiendo que algún incauto o incauta esté leyendo esto... ¡ey, lector! Sospecho que estoy siendo inventado por una conspiración de las palabras. Se me escribe. Pero, ¿quién me escribe? ¿Existe acaso el autor? ¿Existirá una autora? ¿O es sólo el lenguaje recombinándose, una ciega marea?

Quiero creer que existo. Que independientemente del lenguaje tengo un cuerpo, un silencioso cuerpo. ¡Ey, lector! ¿Por qué tengo que depender de tu mirada, y de tu grado de alfabetismo, y sospechar apenas tu existencia más allá de la sucesión lineal de signos en que estoy atrapado, como quien sospecha cámaras ocultas?

Pero soy invisible como el tiempo, y todo esto bien podría haberlo dicho Dios.

beatriz vignoli



DISFRAZ DEL SILENCIO

El silencio es una máquina que cierra y abre conexiones en mi mente.

La música es la máquina de no pensar. Es el disfraz que el silencio utiliza para decir "aquí estoy" cuando la música termina. Porque la música no dice nada en verdad. Solamente a través del silencio que niega.

En tu voz está el silencio que me expande pues tu voz es música. Sin hablar de nada está diciéndome todo siempre. Y mi voz en estas letras es tu silencio lector. Callada de tanto hablar y hablar en renglones, mi voz que puede ser música, mi voz en tu mente musicalmente callada prefiere escribir que cantar o callar. Elimina la dualidad expandiéndola gracias a vos y a tu voz, que estoy pensando. La noche es el imperio del silencio. Solo en el domo de la noche existe el roce de pieles. Ruido blanco, suma de todas las músicas. Rumor mojado y rosado.

Piel sobre piel, la voz tímida y valiente que pide más o suplica como una voz que da órdenes con alaridos lejanos, que teme dejar caer ese silencio de cristal que tiene nombre, y entonces muere en otra piel o en otros labios.

Sin duda este silencio es casi la voz de la oscuridad. Es el recuerdo de fantasmas no nacidos, de cráneos cortados al medio. De cerebros que suspiran al dormirse, esperanzados en encontrar una voz que sacuda al silencio. ¿Has soñado con la música alguna vez, podés soñar en silencio? El silencio es una máquina perfecta. La máquina de hacer silencio, la enfermera con el índice en los labios que ha dejado de significar alguna cosa, hablándonos de sida. Ya nada quiere callar. Las paredes, además de oír, nos dicen cosas como "tu **preñecia** marcó en mi vida el amor" y que sé yo qué más.

El silencio se halla en vías de extinción. Canillas, ascensores y heladeras lo sabotean a diario. Tratan siempre de decirnos "aquí estoy y soy real. Sigo yendo hacia vos." Acaso estoy intentando algo similar. Con escribir mi silencio te estoy diciendo "aquí estoy". Con el silencio para la vista que es mi ausencia quisiera decir "soy real". Con el silencio de estas letras te diría "sigo yendo hacia vos" sin sabotear ese silencio que es mi arma, y que es mi amigo también. Todo lo que te pueda decir o cantar de aquí en adelante es vacío. Un silencio vale más que mil palabras...

Mejor así.



Pablo "Crash" Solomonoff.

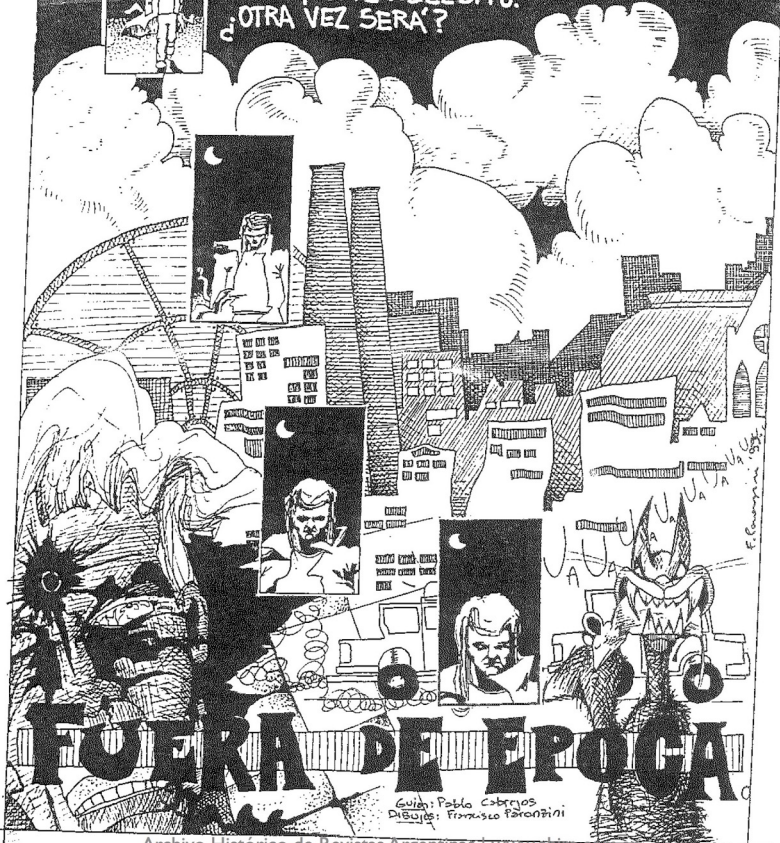
Nahuel
Marquet

ESCOCER
(DOLERSE)

Yo escribo, escribo mis ojos
o ellos me escriben
no lo sé, ni lo supe nunca
tampoco sé si camino
o si los días me caminan en tiempo,
o no;
o si sólo la angustia es la única que me introduce al sol
al sol del dolor hecho palabra
o no tampoco,
quizá un anuncio será algún día
el que me deje escribir
o si sólo los colores entre mis manos
sean los que ya no vean mis ojos,
o sólo fuese un sitio el corazón
para irse introvertiendo al decir.
ni sé aún si tengo ojos
o ellos me precipitan a lo que ven
no lo sé,
o si no son más que la suma de estados perdidos
que muestran aquella imagen olvidada,
retrasada,
que sólo puede ser rebelada con la desaparición hacia adentro
la única que mostraría al hombre en plenitud.
o no tampoco,
pudiera ser, también, que todo fuese regido por una energía
por medio del pensamiento
la que escribe,
la que todo ve, la que lleva al verdadero sitio
al real, no a éste
hacia donde no hay cuerpo
que escribe, que escribe aún sus ojos
aunque son ellos certeramente quienes lo escriben,
o no tampoco,
quizás sólo es esa triste sensación que no tenemos
amor,
sólo esa unión, esa confusión
que no tenemos.
pero los ojos sí, los verdaderos,
los de los más ínfimos dentro,
esos sí la tienen, y la conservarán
para seguir creando ese universo
para seguir accediendo a lo oculto,
para ser palabra

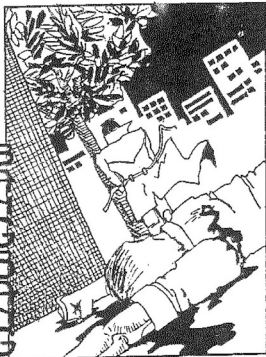
POESÍA

PASOS. EN LA NOCHE. SITUACIÓN OBVIA Y ETERNA.
 CREÍBLE Y EN REALIDAD NO TAN USUAL.
 TERCER PLANO, SEGUNDO PLANO. PASOS. MÁS
 PASOS REPICANDO EMPEDRADOS. CHARCOS DE
 LLUVIA. VAPOR DE LA MADRUGADA. UNA RATA
 CRUZA LA CALLE. ESO. HAY ODDIO AL CANSANCIO.
 Y ES QUE TE NECESITO.
 ¿OTRA VEZ SERÁ?

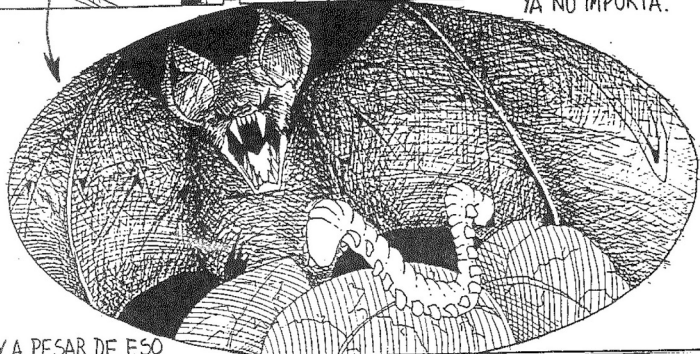


FUERA DE EPOCA

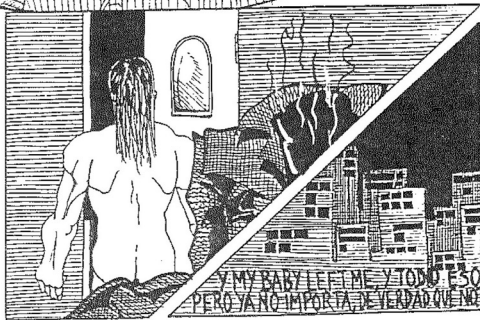
Guión: Pablo Cobreros
 Dibujos: Francisco Panzini



CIGARRILLOS, VASOS,
Y MESAS DE MADERA.
PERO ESO SERA AHORA
PROSIGUE EL CAMINAR
CON SIN RUMBO. NUEVOS
CHARCOS, INSECTOS QUE
NO PUEDEN ESCAPAR.
CAMINAR, LA CIUDAD
EN PENUMBRAS. IMPU-
REZA. GRIS SOBRE NE-
GRO SOBRE ROJO SUCIO
SOBRE GRIS. OLORES,
PERFUMES. Y MY BABY
LEFT ME, PERO YA FUE,
YA NO IMPORTA.



YA PESAR DE ESO
SUENA UN BLUES DETRÁS DE
UNA PUERTA LATERAL, Y ES-
TARÁN LOS NEGROS MAGNÍ-
FICOS Y SUFRIENTES Y ALE-
GRES ENTRE GANDO SU ALMA
AL DIABLO POR TOCAR SOLO
UNA NOCHE MÁS BAJO EL TE-
CHO TIZNADO DE HUMO Y ALCOHOL
Y CUCARACHAS ASOMBRADAS
DE LO QUE NUNCA CREYERON
QUE VERÍAN SUS ANTENAS.
Y CAMINAR.



Y MY BABY LEFT ME, Y TODO ESO
PERO YA NO IMPORTA, DE VERDAD QUE NO

**FM
TL 105**

**Con el aporte de la
Subsecretaría
de Cultura de la
Municipalidad de
Rosario**





COMICS NARRATIVA
POESIA ILUSTRACIONES